

Apuntes de un editor de revistas

Julio Trujillo

Las mejores revistas literarias son entidades reticulares, abiertas, adiposas. A partir de su larga experiencia como editor, Trujillo sugiere, entre otras cosas: “Sé cordial pero feroz: tu fecha de cierre es inamovible”. Le haremos caso.

La palabra “retícula” es lo primero que me viene a la mente cuando pienso en revistas literarias. No la palabra *Sur*, ni las palabras *The Times Literary Supplement*, mejor conocidas por sus siglas *TLS*. Ni la palabra *Vuelta* ni las palabras *Caballo verde para la poesía*, sino “retícula”.

Y es que mi experiencia como editor de revistas culturales se me echa encima antes que ninguna otra cosa como uno de esos súbitos chubascos que ni siquiera nos dan tiempo de abrir el paraguas. Y mi experiencia como editor de revistas y suplementos bien puede reducirse a ese emocionante momento en el que, habiendo imaginado la publicación mentalmente, distribuía sus contenidos sobre una cuadrícula que representaba cada una de sus páginas. Me explico: una cosa es imaginar un número sobre la ética en nuestros días y otra buscar a Fernando Savater, pedirle un texto, acordar la extensión, recibir el texto, comprobar que se pasó por tres cuartillas, negociarlo con él, cerrarlo en equis número de cuartillas y finalmente vaciarlo en la retícula jun-

to con los otros textos que conforman el número. La secreta satisfacción del editor de que un día, en una mesa donde llovían ideas, fantaseó con proponerle a sus lectores que se detuvieran un segundo a reflexionar sobre la idea de ética en tiempos revueltos, y días después arma un rompecabezas perfecto con textos de Savater, Todorov y Rossi: esa íntima satisfacción es única y está ligada estrechamente a la palabra “retícula”.

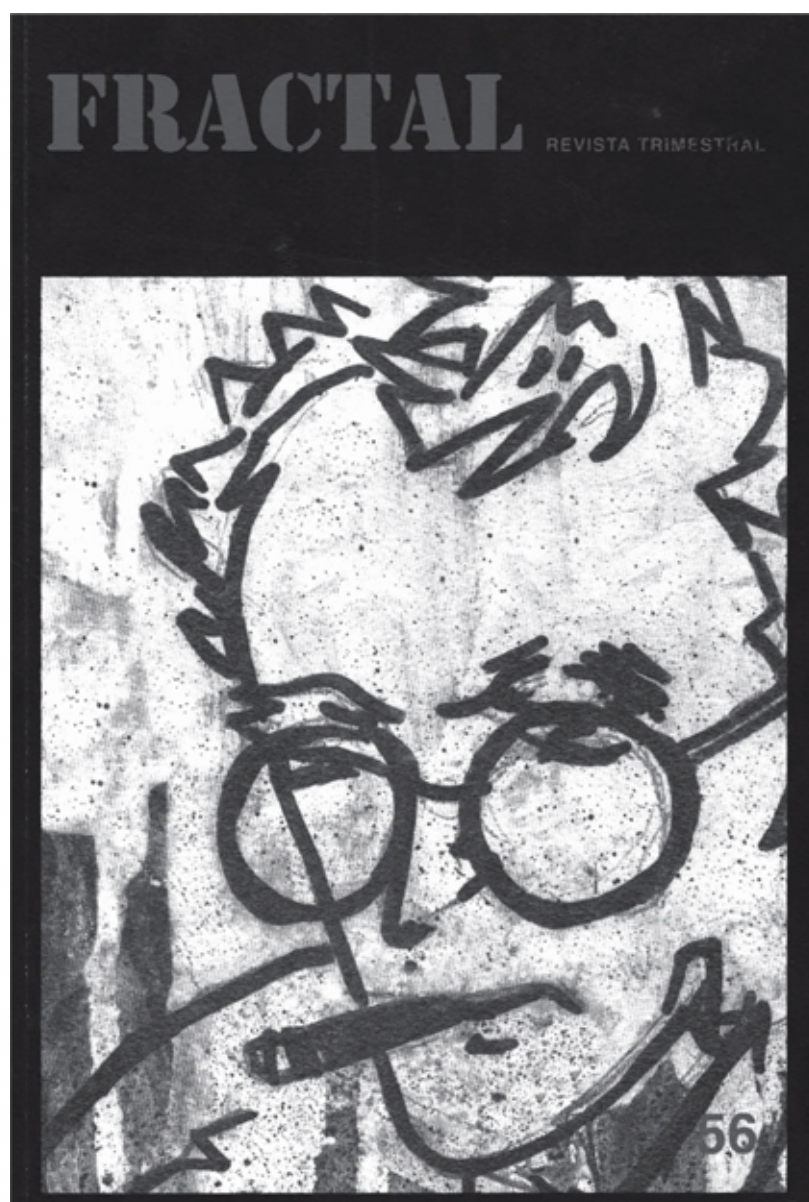
La retícula es (o era) la materialización de una plática, y toda revista cultural no es sino una conversación de carácter doble: al interior de la revista, para compartir, cotejar y confrontar ideas sobre el mundo, interpretaciones, propuestas temáticas, aproximaciones a dichos temas y, en fin, para dar vida a eso que se suele llamar “mesa de redacción”; y hacia el exterior, para —una vez puesto en circulación el número— provocar en los lectores nuevos ángulos temáticos, posturas y puntos de vista. No se me ocurre mejor definición de revista cultural que la de “conversación”. Demasiado amplia, sí, pero justísima, pues desde la

mesa de redacción y hasta la mesa del café, pasando por incontables lecturas compartidas y confrontadas, lo que se hace es dialogar, con discrepancias y concordancias, pero dialogar. Esto se ve con toda claridad en la panorámica de una retícula (perdonen mi insistencia): textos conviviendo unos con otros, casillas cuya colindancia provoca chispas o refuerza argumentos, espacios dejados en blanco para la odiada pero necesaria presencia de la publicidad (y entonces un poema de Gonzalo Rojas convive, en ese par de páginas, con un anuncio de lencería y ambos viven felices para siempre): todo conversa, y ese cosmos acotado, frente a los ojos de su lector, disparará nuevas e inusitadas conversaciones...

Me doy cuenta de que voy usando a capricho “literaria” y “cultural” como adjetivos de revista. No creo que valga la pena detenerse demasiado en una nomenclatura específica: aunque toda revista literaria es cultural, no toda revista cultural es necesariamente literaria... Pfff, ya estoy sufriendo. A mí me costaría trabajo editar una revista literaria de fronteras cerradas, de tal forma que una reseña de un libro de filosofía no tuviera cabida, o un portafolio fotográfico... Hay revistas exclusivísimas de un género, por supuesto, como las docenas de revistas poéticas (pienso en la sevillana *Sibila*) o la legendaria *El Cuento*, de Edmundo Valadés, pero lo normal (o al menos desde mi educación editorial) es la contaminación y la convivencia. Todas las revistas gringas que admiro son holgadamente “culturales”: *Dissent*, *The New Yorker*, *The New York Review of Books*, *The Paris Review*, *McSweeney’s*, las digitales *Slate* y *Salon*, *Salmagundi Magazine* y tantas más... Y, en cuanto a mi ascendente mexicano, la línea va desde *Pegaso*, pasando por *Irradiador*, hasta *Contemporáneos*, *El Hijo Pródigo*, *Plural*, *Vuelta*, *Letras Libres* y *Paréntesis*. Pero no se trata de empezar a cacarear nombres (¿*Taller*?, ¿*Fractal*?, ¿*Crítica*?, ¿*La Tempestad*?) porque esa acumulación no sirve de nada y sólo realza las enormes ausencias: se trata de corroborar, con el repaso, que las mejores publicaciones culturales lo son por su adiposidad y su apertura. Una apertura que no sólo es genérica sino también programática, es decir, que no avanza en una perfecta línea recta según lo dicten las anteojeras de su agenda, sino que se permite el zigzag e incluso el rodeo. Citemos el editorial (un género en sí mismo sobre el que se podrían escribir ensayos enteros) del número uno de esa extraordinaria, casi milagrosa revista cubana llamada *Orígenes*: “No le interesa a *Orígenes* formular un programa, sino ir lanzando las flechas de su propia estela. Como no cambiamos con las estaciones, no tenemos que justificar en extensos alegatos una piel de camaleón. No nos interesan superficiales mutaciones, sino ir subrayando la toma de posesión

del ser”. Y aunque firman “Los editores”, reconocemos a millas de distancia la prosa esencial y casi presocrática de Lezama Lima. Aquí, además de concordar con ese efecto de bola de nieve que tienen las mejores revistas, llama la atención el uso de la primera persona del plural del editorial. En efecto, no hay buena revista sin “nosotros”, y es muy difícil que haya un nosotros sin una coincidencia generacional que comparta gustos y batallas. La panorámica que ofrece una retícula es también (o debe ser) una especie de manifiesto, de toma de postura, de alegato e indignación, de epidermis hipersensible al aire de los tiempos, y es ahí donde el adjetivo “literaria” debe ser lo más expansivo posible. No se trata de hacer grupos sino de concertar voces, de fomentar la más sana polémica, de exprimir temas candentes, de sentar a los mejores comensales posibles a comer los mejores platillos en la susodicha mesa de redacción.

Desde tiempos prehistóricos, en que formábamos suplementos culturales con un *cutter* y una escuadra, hasta hoy en que se puede cuadrar una paginación



Número 56 de *Fractal*, julio-septiembre de 2010

desde el teléfono, lo que no cambia es la necesidad de conversar con inteligencia crítica y con apertura, siempre defendiendo y promoviendo como perros rabiosos la libertad creativa de cada colaborador. Y si dicha revista está inscrita en un turbio contexto sociopolítico, si se va a editar en días de odio y crispación, si el mundo parece darle la espalda a su existencia, más necesaria es y más urgente que su concierto de voces sea plural, aunque aparentemente sólo se esté hablando del soneto alejandrino en la obra de Darío: no, si la vocación de la revista es de adiposidad y apertura, nunca estará hablando sólo de eso.

¿Y qué decir de *Granta* y *Esprit*, o de los engrapados casi clandestinos que hacíamos circular en la Facultad de Filosofía y Letras? Lo mismo: todo se reduce a la riqueza y equilibrio de su retícula. Cuando una revista comienza a monologar se nota de inmediato, y del monólogo a la pontificación sólo hay un paso. Hay que dar la voz, abatir las puertas y dar carta

de residencia al disenso y la discrepancia, eso por supuesto sin sacrificar una personalidad, un gusto y un estilo.

¿Cómo conseguir ese balance? No hay fórmula mágica. Eso sí, desde casi 30 años de experiencia puedo aportar algunas sugerencias para un editor hipotético. Iba a escribir “mandamientos”, pero todo editor debe resistir la tentación tiránica, y ésta es mi primera sugerencia. Las demás son:

- No guardes textos para después. Todo lo que tengas publícalo cuando lo tengas o, para decirlo en las palabras del sensei Fernando Benítez: echa toda la carne al asador.

- Conoce bien todo el proceso de producción de tu revista, desde que recibes un texto hasta que se distribuye en puntos de venta. Sobre todo: ve a la imprenta, conoce las máquinas, márchate de tinta.

- Hay un apotegma que dice: “anuncio mata poema”. Nunca jamás lo profieras ni lo creas, aunque pierdas unos pesos.

- Y hablando de poemas: son textos, respetabilísimos textos. No se te ocurra meterlos en un recuadro o apretujarlos en una media plana: dales su lugar y déjalos respirar.

- Lo mismo sucede con las ilustraciones o fotografías, si es que tu revista las tiene: también son aportaciones significantes y no meros acompañamientos: eso debe notarse, y sus autores deben llevar créditos importantes.

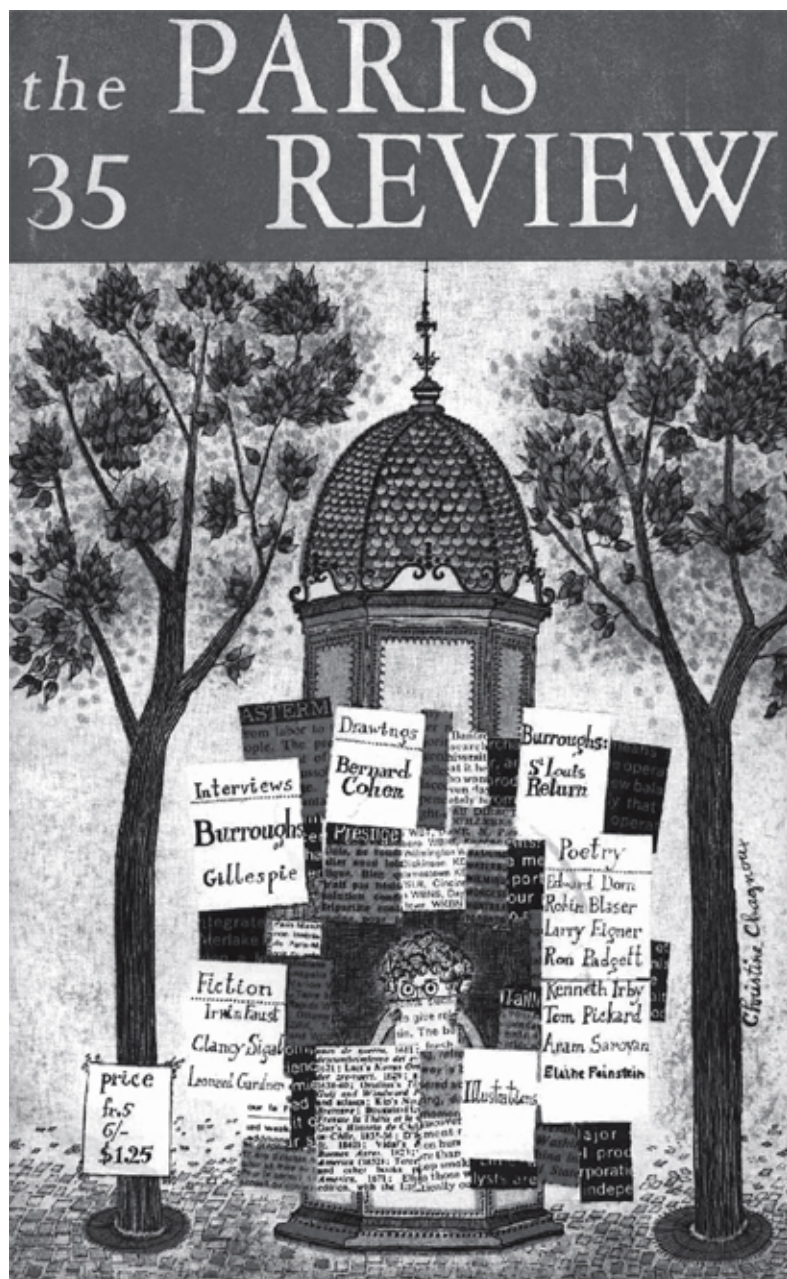
- Genera polémica, calienta la conversación, atiza inteligencias, y sé el emperador del derecho de réplica.

- Tu revista es una cosa en el espacio: procura que sea una cosa bella. Fíjate bien en la mancha de texto sobre las páginas, escoge bien tus aires y tus descolgados, tus capitulares, tus folios... Sábelo todo sobre la tipografía que usas. Dale toda la relevancia del mundo al diseño de tu bebé.

- Los cierres editoriales pueden ser agotadores, maratónicos, extenuantes: respétalos religiosamente pero también aprende a hacer una pausa, desconectarte, salir a tomar aire (un *whisky* mejor no): no dejes que la avalancha de pendientes te intoxique.

- Ya sea para títulos, sumarios, recuadros o llamados, aprende a sintetizar. Dilo todo en siete palabras. Sintetiza. Sintetiza.

- Y conoce a tus colaboradores. Ellos, en muchas ocasiones tus amigos, tendrán siempre una excusa para no entregar en tiempo y forma. Sé cordial pero feroz: tu fecha de cierre es inamovible. Eso sí, hay excusas memorables, como la ocasión en que José Emilio Pacheco, con voz atribuladísima, me dijo que no podría entregar su texto a tiempo porque tenía la pupila dilatada. **U**



The Paris Review, número 35, otoño de 1965